

RESEÑAS

FORNIS, César (2008) *Grecia exhausta. Ensayo sobre la guerra de Corinto. Hypomnemata. Untersuchungen zur Antike und zu ihrem Nachleben*, Band 175. Vandenhoeck&Ruprecht, Göttingen. 362 págs. ISBN 978-3-525-25286-4

Grecia exhausta... resulta un buen título para un gran ensayo sobre la Guerra de Corinto (395-386 a.C.). Esta serie de —tristes— episodios militares y políticos aparece históricamente emparejada entre dos grandes dramas épicos que han capturado por igual la imaginación y el interés de especialistas y el gran público: las Guerras Médicas y la figura, tan colosal como llena de claroscuros, de Alejandro. Además, la llamada ‘guerra de Corinto’ reavivó las cenizas de la recientemente concluida Guerra del Peloponeso —apenas nueve años antes—, conflicto bélico atroz sin los rasgos épicos que han hecho tan atractivas las otras campañas, pero que, bajo la guía sobria de Tucídides, ha sido estudiado con gran detalle una y otra vez, y especialmente en los últimos años. En estas condiciones, no es de extrañar que los acontecimientos oscuros de comienzos del siglo IV, que acabaron por agotar a unas *poleis* ya desgastadas por la Guerra del Peloponeso, y que culminaron con una paz al *diktat* de la única potencia verdaderamente vencedora, el Imperio persa, sean una suerte de ‘Cenicienta’ historiográfica, con apenas un par de estudios monográficos de conjunto, al que viene a sumarse el trabajo que ahora comentamos de César Fornis (en adelante C.F.). Es pues de agradecer que vea la luz un trabajo amplio y denso que no huye de tocar aspectos mal conocidos, pero que, en lo militar que aquí nos concierne sobre todo, resulta importante para comprender lo que ocurriría en las décadas e incluso centurias venideras, en particular el agotamiento del sistema de la guerra basada ante todo en la milicia ciudadana que combatía en falange de hoplitas armados con *aspis*.

El autor del trabajo que reseñamos, César Fornis, de la Universidad de Sevilla, es un especialista ya curtido y reconocido entre los estu-

diosos del mundo griego de época clásica, y en particular de Esparta, estado sobre el que ha escrito un buen número de artículos y monografías en editoras prestigiosas (*e.g.* Fornis 1999, 2003). Y al tema que ahora nos ocupa ha dedicado C.F. un número de artículos especializados que avalan un largo interés previo sobre el tema (*e.g.* Fornis 2003b, 2004).

Decía Sir Ronald Syme —y es un tópico entre los historiadores— que resulta fundamental para el historiador que desee construir un *ktēma es aiei*, elegir ‘un buen tema’, sobre el que la información disponible sea suficiente y fiable para construir un trabajo sólido, y un tema que de verdad ayude a explicar las cosas. La ‘Guerra de Corinto’ no parecería en principio uno de ellos, por lo antes apuntado y por la parquedad relativa de fuentes, pero C.F. consigue mostrar que no es en modo alguno marginal. Antes al contrario.

Como corresponde en un trabajo académico de esta índole, el primer capítulo discute las fuentes textuales y epigráficas, mayores y menores. C.F. no disimula su desazón con la calidad de nuestra fuente principal, Jenofonte y sus *Helenicas*, por su filolacónismo, su tebanofobia y sus ‘olvidos’ (p.17). Nos sentimos más próximos hacia quienes ven a Jenofonte como un autor con limitaciones intelectuales —sin duda no podemos compararle a Tucídides— peso básicamente honesto incluso con sus limitaciones y obvias filias, que le impiden una manipulación sutil —siempre menos fácil de detectar— y que en todo caso es, como experto, bastante fiable en los aspectos técnicos militares. Llama con todo la atención que en un estudio detallado que llega a las escasas fuentes numismáticas o al cenotafio de Dexileo, C.F. no tenga una palabra para los estudios topográficos de los distintos cam-

pos de batalla que van a aparecer en su discurso ulterior.

Siguiendo explícitamente a un autor por el que obviamente siente enorme respeto, C.F. realiza en un extenso Capítulo II ‘un análisis tucidideo’ de las causas de la guerra. Para C.F. la razón profunda y verdadera de la guerra, siendo multifacetada, no se aleja del imperialismo lacedemonio descarnado reflejado por las Helenicas de Oxirrinco (que no, obviamente, por Jenofonte) y una cortedad de miras para con sus recientes aliados (p.33, 43, 86). Pero ya en el comienzo de la guerra se adivina lo que ocurrirá al final: el papel de Persia como instigador con sus ‘arqueros’ áureos y su papel arbitral.

El grueso del libro (Capítulos III a XIII) se dedica al desarrollo de la guerra desde un enfoque cronológico, pero no estrictamente narrativo. Esto es, cada capítulo avanza en el tiempo, pero a su vez —y como indican los títulos sucesivos, cuidadosamente elegidos—, va desgranando y analizando los temas que en cada momento C.F. considera clave: desde el *synedrion* de Corinto (Cap. III) a ‘La paz enviada por el Rey’ (Cap. XIII). C.F. con razón no duda, pese a la multiplicidad de frentes y la discontinuidad de algunas campañas y de la intervención de los beligerantes, de la existencia de una ‘guerra corintia’ que ha de ser analizada en conjunto (p. 87), y así lo hará en lo sucesivo. Los movimientos iniciales de la guerra (la muerte de Lisandro por su propia imprudencia, p. 97) y el exilio de Pausanias son para Fornis decisivos en tanto que dejaron el campo libre a Agesilao (p. 100). La casi simultánea creación del Consejo de Corinto creó el poderoso frente antilaconio en el que, para C.F., la incorporación de Argos y la misma Corinto no deben resultar ninguna sorpresa (p. 101).

Las dos batallas campales a mayor escala de la guerra, las de Nemea y Coronea (394 a.C.) reflejan para el autor un deseo tradicional de obtener la victoria decisiva en tierra que ventilara la contienda (Capítulo IV). Sendas victorias lacedemonias que sin embargo —coincidimos— fueron más que compensadas, en un patrón que recuerda al de la Guerra del Peloponeso, por la derrota naval espartana en Cnido (descrita en el Cap. VII). Las dos batallas campales, incluyendo el baño de sangre final en Coronea, resultaban a la postre indecisas (p. 135). El modelo hoplita tradicional, en fin, demostraba su agotamiento en una guerra de extrema complejidad geoestratégica. El análisis de C.F. es prudente, ajustado en su evaluación de las escasas fuentes (además, a menudo plenamente contradictorias

entre sí en temas como los efectivos, cf. Diodoro vs. Jenofonte en Nemea; Jenofonte vs. Plutarco en Coronea).

La narración, hasta ahora lineal, se divide para las campañas siguientes entre los mal documentados acontecimientos terrestres entre 393 y 388 (Cap. V), cuestiones políticas (Caps. VI, VIII y IX) y la más decisiva guerra naval (Cap. VII).

C.F. enfatiza en el Cap. V, sobre todo, el desgaste y el agotamiento que supusieron las campañas terrestres ‘olvidadas’ (p. 137) en torno sobre todo a Corinto, la lucha por Lequeo y los Muros Largos, aunque el análisis detallado de la destrucción por Ifícrates de una mora espartana en 390 ha de esperar al Capítulo X, en una organización quizá en exceso complicada, sobre todo a falta de un cuadro cronológico comparado (*infra*).

El capítulo VII retoma la guerra, ahora en el mar, centrada en la figura del ateniense Conón y la flota persa a él encomendada. La *débacle* espartana en Cnido (así la define C.F., p. 181) supuso la pérdida de hegemonía lacedemonia en la costa de Asia Menor (p. 180), la posible creación de una efímera *symmachia* jonia documentada solo en la numismática (p. 181ss.) y sobre todo un resurgir de la influencia persa (en ello C.F. coincide expresamente con E. Costa).

Intercalados entre la narración militar, una serie de temas específicos merecen capítulos aparte. El Capítulo VI se dedica a la cuestión de la unión entre Corinto y Argos comentada por Jenofonte (p. 149), a quien C.F. trata con escepticismo. Tras un repaso historiográfico, C.F. concluye que ‘quizá no haya de buscarse una naturaleza jurídica a una unión argivocorintia porque nunca la tuvo’ (p. 159). En el Cap. VIII se describen los acercamientos de Esparta a Persia desde el 393 a.C. y los dos proyectos de una paz general, una *koinè eiréne*, discutidos en estas fechas entre persas y espartanos, y según C.F. a menudo subestimados por la historiografía (p. 208) pero sin los que sin embargo sería difícil entender la final ‘Paz del Rey’. El Capítulo IX se dedica a la *stásis* rodia.

En los capítulos X y XI regresamos a las campañas terrestres en la zona de Corinto y el Atica que se habían resumido en el capítulo V, enfatizando la verdadera revolución militar que supusieron las reformas de Ifícrates y sus peltastas capaces de combatir tanto en formación de línea como en orden abierto, culminando en la famosa destrucción de la *mora* espartana ante Lequeo en 390 (pp.252 ss.). Es una pena que C.F. no tome realmente partido en la agitada discusión sobre el alcance de las reformas en ar-

mas y tácticas descritas por Diodoro y Nepote pero —muy sorprendentemente— obviadas por Jenofonte (p. 246-47, n. 8; pp. 255 ss.). Aunque extraiga la descripción de las actividades de Ifícrates de su contexto narrativo natural (el Cap. V), C.F. hace bien en enfatizar los cambios que se estaban produciendo en esos años, con el lento agotamiento de la ideología hoplita y el auge de la era de los mercenarios y de los *thureophoroi* (p. 257 ss., p. 262).

Con el capítulo XII y la figura de Trasíbulo nos acercamos a la conclusión —indecisa en el fondo— de la guerra. En opinión de C.F. los esfuerzos navales atenienses no pudieron compensar el creciente acercamiento entre Esparta y Persia. La guerra concluyó entre espasmos agónicos de unas ciudades agotadas —en ambos bandos. El Capítulo XIII discute la paz enviada por el Gran Rey y sus consecuencias inmediatas, que para C.F. son claras: *‘En lo que a Persia se refiere, una vez patrocinado un tratado donde por un lado ve reconocida su ancestral reclamación de soberanía sobre los griegos de Asia, y por otro, se siente satisfecha con un principio de autonomía que evitará la susceptible formación de ligas... que pudieran amenazar el territorio asiático... se desentiende y deja a Esparta el papel de velar por el cumplimiento del acuerdo...’* (pp. 307-308). La consiguiente reacción de humillación en toda la Hélade (p. 315) y la actitud de Esparta sobre otras *poleis* llevaría a la reactivación de conflictos ante Mantinea (385 a.C.) Fliunte, Platea (c. 386-379) y de nuevo un periodo de guerras generalizadas con la llamada ‘Segunda Liga’ ateniense. «*Grecia exangüe*», concluye el libro.

Desde el punto de vista forma formal el libro que comentamos es una obra bien editada, con clara tipografía. Incluso son legibles las abundantes notas de pie de página, colocadas en el lugar que su nombre indica, lo que les da su mayor utilidad (anotemos de paso lo poco comprensible que resulta, con los potentes medios de compaginación informáticos actuales, la persistencia en colocar las notas de libros especializados a fin de obra o —peor aún— a fin de cada capítulo, donde más engorrosas resultan). La redacción es ponderada y correcta, pese a algún anglicismo aislado (‘criticismo’, p. 19). Hubiéramos preferido, dado el carácter académico de la obra, que C.F. hubiera evitado la traducción de ‘*mora*’ como ‘batallón’, manteniendo el término original (como en p.129) y no obviándolo (como en p. 138 o p. 298); en términos militares —tácticos y organizativos— una traducción

divulgativa más aproximada sería ‘regimiento’, por mucho que los efectivos de una *mora*, en torno a los 600 hombres, se aproximen más a los de un batallón de época contemporánea. Por cierto que el término no aparece en el índice alfabético final.

El libro de C.F. está claramente dirigido a un público especialista, de ahí que las numerosas fuentes epigráficas griegas que se reproducen, muchas de ellas poco conocidas, se presenten sin traducción. Ese carácter muy especializado justifica probablemente la ausencia de imágenes, algunas relevantes —como el cenotafio de Dexileo, un detalle del cual se reproduce en cubierta, y al que se menciona en detalle en pp. 124-126. Podemos comprender por ello incluso la ausencia de una tabla cronológica detallada y comparada de los acontecimientos descritos —sobre todo— por Jenofonte, que, dada la peculiar estructura de las *Helénicas* (explicada ya por C.F. en p. 15) sería útil hasta para un helenista no especialista en el s. IV a.C. (cf. pp.136-137, notas 5 y 9; p. 149, n. 2; p. 245, nota 1). Pero lo que en cualquier caso son ausencias de lamentar son un índice de fuentes clásicas, y sobre todo unos sencillos mapas, tanto del Egeo como de las batallas narradas en detalle por C.F., mapas que sin duda habrían hecho mucho más útil y manejable la obra, y para los que hay literatura suficiente en la bibliografía especializada (e.g. Pritchett 1969; Lazenby 1985) e incluso en trabajos previos del propio C.F. (Fornis 2003b).

En conjunto el libro que reseñamos es una obra importante sobre un periodo mal conocido y un esfuerzo honesto de interpretar sin especular sobre las fuentes, que a menudo dejan huecos sangrantes en la posibilidad narrativa e interpretativa. En este sentido es de resaltar el interés del autor para publicar su obra no en una editora española, sino en una colección del prestigio internacional de *Hypomnemata*. Al tiempo, es alentador observar que la editora ha asumido la publicación en una lengua, la española, tan extendida en el mundo como poco asumida internacionalmente como lengua científica. No nos engañemos, nuestra producción académica, por valiosa que sea, rara vez se integra con facilidad, salvo en subespecialidades muy concretas, en la *mainstream* internacional. Esfuerzos como el de César Fornis, tan valiosos en su contenido como atrevidos en su decisión de publicar ‘fuera’ son un paso más en el buen camino.

Fernando QUESADA SANZ
UAM

BIBLIOGRAFÍA

- Fornis, C. (1999) *Estabilidad y conflicto civil en la guerra del Peloponeso. Las sociedades corintia y argiva*. British Archaeological Reports, International Series 762. Oxford.
- Fornis, C. (2003) *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*. Barcelona, Crítica.
- Fornis, C. (2003b) «*Mache Kratein* en la Guerra de Corinto: las batallas hoplíticas de Nemea y Coronea (394 a.C.)». *Gladius* 23, 141-160.
- Fornis, C. (2004) «To Xenikon en Korinthoi: Ifícrates y la revolución subhoplítica». *Habis* 35, 71-86.
- Lazenby, J.F. (1985) *The Spartan Army*. Warminster, Aris&Phillips.
- Pritchett, W.K. (1969) *Studies in Ancient Greek Topography, II. Battlefields*. Berkeley-Los Angeles.

LORRIO, A. J.; SÁNCHEZ DE PRADO, M^a D. (2009): *La necrópolis celtibérica de Arcóbriga (Monreal de Ariza, Zaragoza)*. Caesaraugusta, 80. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza. 565 págs., 219 figs., 14 tab., 4 graf. ISBN: 978-84-9911-017-2. ISSN: 0007-9502.

Muy pocas veces tiene uno ocasión de comentar un trabajo como el que nos presenta el volumen octogésimo de la revista *Caesaraugusta*; un trabajo que supone a todas luces un verdadero hito en la historiografía de las necrópolis celtibéricas. El presente volumen está nada más y nada menos que dedicado a la (des)conocida necrópolis aragonesa de Arcóbriga, una de las más representativas del mundo celtibérico y a su vez una de las que más interrogantes ha planteado desde su completa excavación a inicios del pasado siglo por parte del Marqués de Cerralbo.

La tarea de tamaño esfuerzo científico ha recaído en las expertas manos de Alberto Lorrio y M^a Dolores Sánchez de Prado, partiendo de la iniciativa emprendida desde la Universidad de Alicante para la completa revisión de algunas de las necrópolis más tempranamente excavadas del territorio soriano y aragonés. Algunos de los brillantes resultados de este proyecto ya hemos tenido ocasión de verlos en la obra de Carolina Fuentes sobre la necrópolis de Viñas de Portuguí (Osma) (Fuentes, 2004), y prometen tener continuidad como mínimo en la de Quintanas de Gormaz, que actualmente se encuentra en fase de estudio.

Han hecho falta, pues, cerca de cien años para que podamos conocer con profundidad los pormenores de este yacimiento clave para el estudio de la cultura funeraria celtibérica. Pero la espera no ha resultado vana, puesto que su reciente realización ha posibilitado la inclusión de importantes mejoras en el conocimiento de la cultura material de estas sociedades gracias al notorio incremento de la investigación en

este campo durante las últimas décadas (Lorrio, 2005). Este punto de partida, constituye uno de los valores más sólidos de la obra que comentamos.

La estructura de la obra es la clásica (que es también la más idónea para este tipo de trabajos), con una introducción del yacimiento y la historia de su investigación, una parte dedicada a la catalogación de los materiales y el estudio de estos, y un último bloque relativo a la cronología de los conjuntos, que en este caso culmina con un capítulo extra que relaciona la necrópolis con el cercano poblado del Cerro Villar.

El planteamiento del trabajo queda ya expuesto desde la introducción, en la que se nos revela el método empleado para el estudio de las sepulturas, que en nuestra opinión es la clave y la mejor garantía de la calidad de este estudio. En primer lugar, se tienen en cuenta las publicaciones y trabajos inéditos del propio Cerralbo, en especial su «*Páginas de la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas*» (en adelante: *PHP*), que incluye en sus líneas alguna información contrastable con la documentación fotográfica existente sobre la necrópolis, otro de los pilares metodológicos fundamentales en los que se basa la obra de Lorrio y Sánchez de Prado. La correlación de estos datos, que ha sido decisiva para el estudio de los escasos conjuntos cerrados de la necrópolis, se complementa con un cuidadísimo (y a nuestro juicio determinante), análisis directo de las piezas, que implica la realización de dibujos de todas ellas; un arduo trabajo que sin duda halla su recompensa en el resultado final.

El primer capítulo: «La necrópolis de Arcóbriga y la arqueología celtibérica», es breve y conciso, y detalla los pormenores de la excavación de la necrópolis junto a toda una serie de estas realizadas por el propio Cerralbo en los albores del siglo XX. Además, se añade un apartado sobre la historia de la investigación de este yacimiento, cuya escasez de referencias pone de manifiesto el desconocimiento que hasta ahora teníamos de esta necrópolis, pese a ser una de las referencias obligadas para cualquier estudio del mundo celtibérico.

Los capítulos II y III constituyen el grueso de la obra y están enteramente dedicados a la catalogación del material arqueológico, estructurándose a partir de dos colecciones distintas depositadas respectivamente en el M.A.N. (capítulo II) y el Museo de Zaragoza (capítulo III). La inclusión de los materiales de esta última colección, inferior numérica pero no cualitativamente a la del M.A.N., es de agradecer, porque en todos los casos se ha seguido el mismo patrón de presentación, con dibujos y datos tomados de primera mano siempre que su conservación lo ha permitido; algo que no ocurre por ejemplo en el trabajo de Fuentes sobre la necrópolis de Osma (Fuentes, 2004: 167-184), cuyo estudio directo se centra en las piezas del M.A.N sin incluir, como hubiera sido deseable, las de otros museos¹.

El orden del catálogo se centra en primer lugar en los conjuntos cerrados que se han podido identificar a partir de la documentación fotográfica y que suman un total de 25, un buen puñado más que los anteriormente publicados por el propio Cerralbo (Aguilera, 1916) o los trabajos de Schüle (1969), Lenerz de Wilde (1991) y Encarnación Cabré y Juan Antonio Morán (1982). Una vez presentados los conjuntos conocidos, se procede a la catalogación del material sin contexto en una estructura por tipos en la que el armamento, que es muy frecuente en esta necrópolis, aparece en lugar destacado. Todo el material se presenta de una forma clara y completa, con dibujos, medidas y todos los datos útiles, algo que valorarán los lectores y especialistas por muy exigentes que puedan ser. Resulta asimismo de gran importancia destacar el esfuerzo realizado al descartar algunas piezas por su pertenencia a conjuntos de otros

yacimientos excavados por el marqués pese a haber sido interpretados en algunas ocasiones como pertenecientes a Arcóbriga. De hecho, la problemática de la mezcla de estas colecciones o la desaparición de algunos materiales es ya conocida²; si bien nos consta que algunas de las armas que aparecen en el volumen de Lorrio y Sánchez de Prado como «no conservadas» están catalogadas en el M.A.N. como procedentes de otras necrópolis³.

A destacar asimismo del catálogo la atención a los pequeños objetos, a veces muy parciales, que pueden aportar una información importante, como los fragmentos de vainas y suspensiones para algunas de las espadas. En el aspecto más puramente armamentístico, quizás el lector avanzado pueda echar en falta alguna mejora en la identificación y clasificación de algunas espadas de antenas con elementos de hibridismo, que se vacila en atribuir a los tipos conocidos⁴ para caer en tipologías descriptivas que deberíamos tratar de abandonar. Asimismo, algunas de las vainas aisladas, como la que aparece con los números 49-51 del M.A.N., pertenecen claramente al tipo conocido como Echauri/Quesada II (García, 2006), un modelo del que no quedan otros restos en la necrópolis pero cuya presencia puede ser significativa cronológicamente hablando.

Por otra parte, las espadas La Tène, que aparecen dobladas en las figuras como efecto de su deformación ritual en el proceso funerario, habrían podido aparecer simultáneamente dibujadas en despliegue para así poder apreciar mejor algunas de sus características a la hora de contrastarlas entre sí. El empleo de este método, aunque dificultoso, hubiera permitido entre otras cosas evitar algunos errores (que luego son de lamentar) en la percepción de las proporciones.

Todo ello no desdibuja en absoluto la calidad del catálogo, en el que no faltan las referencias a todo tipo de trabajos sobre este o aquél objeto, que son manejados a la perfección de los autores, cuyo conocimiento de la cultura material celtibérica es innegable, sobre todo si se tiene en cuenta la gran diversidad de materiales que están tratando.

² Véase por ejemplo el trabajo de Barril y Salve (1998) sobre la necrópolis de Aguilar de Anguita.

³ Así, por ejemplo, las espadas La Tène de las sepulturas I o J, cuyas siglas son del M.A.N. son: 40/27/AA/2189 y 40/27/AA/1501 respectivamente (la AA refiere a Aguilar de Anguita).

⁴ Sobre este aspecto, la mejor síntesis en Quesada, 1997: 203-242.

¹ Aunque sí se habla de las mismas y se estudian sus conjuntos a partir de los datos de otras publicaciones, en especial la de Schüle (1969); e incluso añadiendo materiales de colecciones privadas (Fuentes, 2004: 177-178).

Una vez presentado todo el material, se dedica el capítulo IV al estudio detallado de los mismos. En este apartado es precisamente donde más se deja notar el gran conocimiento por parte de los autores de los hallazgos en otras necrópolis celtibéricas y vettonas, que además articulan de forma explícita con multitud de detalles y paralelos para cada uno de los tipos de objetos estudiados. Este vasto y completo conocimiento de la bibliografía específica adolece sin embargo de un tratamiento similar para los estudios realizados en el extranjero, que afectan en concreto a piezas de influencia alóctona como las espadas o fibulas de La Tène, ambas extraordinariamente abundantes en Arcóbriga.

El capítulo, uno de los de mayor interés del volumen, presenta una estructura dividida en objetos metálicos (que son claramente mayoritarios), vidrios, objetos de piedra (ambos casi testimoniales) y cerámica. En todos los casos la lectura se apoya con dibujos donde se resumen los tipos, además de gráficas y tablas-resumen de gran interés tanto para su comprensión y síntesis como para su uso con efecto a otros estudios derivados.

El apartado de objetos metálicos se subdivide a su vez en: armas, útiles, objetos relacionados con la vestimenta, ornamentos (que a veces coinciden con aquella función) y «varios». A razón de la línea editorial de la revista para la que reseñamos, dedicaremos nuestra atención especialmente al apartado del armamento, que además figura en primer lugar del esquema de Lorrio y Sánchez de Prado:

Las primeras armas analizadas son las espadas de antenas, donde quizás algún especialista podría echar en falta un estudio genérico de las de tipo «Arcóbriga» (que además recibe su nombre del epónimo yacimiento pese a su relativa escasez en el mismo) y las de tipo «Atance», cuyas variantes son todavía un misterio tipológico. No obstante, no es para nada el propósito de este libro el preguntarse por estas cuestiones, que supondrían un esfuerzo extra nada oportuno. A la práctica, llegamos una vez más a un punto muerto en el que apenas se puede detallar los pormenores morfológicos de las piezas documentadas y, por ende, proponer una vez más cronologías muy genéricas para las mismas.

Siguen a las espadas de antenas las de La Tène, que alcanzan una cifra récord en Arcóbriga, con más de medio centenar de ejemplares. Al contar con una muestra mucho mayor, los autores se lanzan a proponer una tipología para las mismas, que separan en cuatro grupos distintos. En este caso, es la calidad de la muestra

el principal obstáculo para esta empresa, cuya dificultad es ya reconocida por los propios autores (pág. 314).

El problema básico de la tipología propuesta deriva de su atención casi exclusiva a los módulos de hoja en detrimento de las vainas enterizas, que aunque muy escasas son bastante determinantes (al menos cronológicamente hablando, como trataremos de argumentar más adelante). Al mismo tiempo, el análisis del módulo, al que dedican un importante trabajo comparativo, depende de la conservación de sus ejemplares, que en ocasiones se refieren en las tablas de medidas como completos sin estarlo realmente. De este modo, se dan valores imposibles para algunas piezas⁵ y se clasifican algunas espadas dentro de un grupo cuando, de estar completas, pertenecerían a otros. El caso más confuso es el del grupo IV, cuyos dos representantes están fragmentados y habría que incluir en el grupo I. Aun así, y pese a las dificultades tipológicas de este tipo de espadas, cuya mejor prueba es la gran cantidad de ejemplares inclasificables documentados, el intento es realmente encomiable y, según creemos, bastante acertado en los primeros tres grupos, que además coinciden a grandes rasgos con algunas de las variantes que hemos propuesto nosotros mismos en un estudio paralelo.

El siguiente tipo de arma analizada son los puñales bidiscoidales (o «biglobulares»), presentes en número escaso aunque de forma destacada por lo poco habitual de estas armas en su entorno geográfico inmediato. En este caso, es de lamentar la ausencia de referencias al reciente estudio y clasificación de Eduardo Kavanagh (Kavanagh, 2008), aunque comprensiblemente no haya sido incorporado por cuestiones editoriales.

Las armas de asta, por su parte, pese a las clásicas dificultades tipológicas que acarrearán, han sido hábilmente clasificadas a partir de tipologías genéricas previamente existentes: en especial las de Quesada (1997: 352-406) y Sanz Mínguez (2002: 100-104). El resultado es claramente estable e inteligible en sus respectivas formas, aunque arrastra el clásico problema de las cronologías de este tipo de producciones.

⁵ Por ejemplo los 2'4 cm de anchura máxima de hoja para una de las piezas. Casi todos los ejemplares que incluyen errores proceden de las piezas no localizadas en el estudio, y que consecuentemente dependen de su observación a partir de fotografías en las que se ven las espadas dobladas y habitualmente de perfil, o desde perspectivas poco útiles a estos efectos.

El apartado de las armas defensivas es escueto por la escasez de materiales recuperados, casi todos pertenecientes a partes metálicas de los escudos. De gran interés es el añadido de un conjunto de umbos circulares que los autores consideran pertenecientes a escudos circulares (*caetrae*) y no a escudos ovales (en lo que tendemos a coincidir), pero, lamentablemente, la mayoría de los ejemplares registrados se han perdido, privándonos de buenos datos comparativos.

Por último, y de forma muy oportuna al incluirse en este apartado, se estudian algunas piezas consideradas estandartes que se vinculan a los *signa equitum* celtibéricos y cuyo seguimiento tipológico ofrece gran interés. Por otra parte, quizás la incorporación de los excepcionales (por lo poco frecuentes) arcos de caballo tendría que haberse producido junto al armamento en vez de hacerlo en tercer lugar después del de los «utensilios» (con objetos como los cuchillos, tijeras, pinzas «de depilar», navajas y otros enseres).

Aparte de las armas, los objetos relacionados con la vestimenta, que incluyen los extraños aunque muy abundantes elementos de tocado junto a las omnipresentes fíbulas y los broches de cinturón, ocupan una buena parte del capítulo central. La atención más concreta se produce en el terreno de las fíbulas, cuyo estudio se basa en los anteriores y más genéricos de Cabré y Morán (1979 y 1982) sobre las fíbulas de La Tène del territorio peninsular y el de Argente (1994) sobre las celtibéricas en general. La publicación de los resultados de las excavaciones en la necrópolis arévaca de Numancia (Jimeno *et alii*, 2004) es también una de las principales fuentes empleadas para el estudio de las fíbulas de Arcóbriga, y frecuentemente corrige a la baja algunas de sus cronologías dándonos una idea de la gran perdurabilidad de algunos tipos en contextos celtibéricos. Precisamente en este conservadurismo, especialmente evidente entre las fíbulas de La Tène I, subyace uno de los problemas cronológicos que más afectan a la datación de algunas de las tumbas en el capítulo V, y es que tamaño y longevidad en la vida de estos objetos no afecta lo mismo a sus áreas de dispersión originales en el centro de Europa como a regiones «periféricas» como pueden ser la Celtiberia o el territorio peninsular en general. Consecuentemente, su utilidad como «fósil director» en estos contextos no es tan válida, y acaba dependiendo de las peculiaridades tipoló-

gicas de otros elementos que afortunadamente vamos conociendo cada vez mejor.

Con posterioridad a los objetos relacionados con la vestimenta, se analizan en el volumen de Lorrio y Sánchez de Prado otros adornos como los de tipo espiraliforme, placas ornamentales (que reciben un trato certero y pormenorizado en este estudio), pulseras, campanitas o anillos. Ya en el terreno de los objetos no metálicos, las escasas piezas de vidrio y piedra dan paso al análisis de las cerámicas, cuya presencia en Arcóbriga está prácticamente relegada a las urnas en las que se despojos de la incineración. El estudio de estos elementos es sin duda una de las mejores bazas cronológicas en las que apoyarse al margen de las fíbulas y las armas para fechar los conjuntos cerrados; un objetivo que es el principal del capítulo que sigue a continuación.

En efecto, el capítulo V: «Organización de la necrópolis: cronología y características de los ajuares», se interesa principalmente por el problema de las dataciones para proponer para esta necrópolis una fecha de vida que iría de finales del siglo IV a.C. hasta un momento incierto del siglo I a.C. En este punto, y a resultas de la discusión explícita (lo que siempre es de agradecer) de cada uno de los conjuntos cerrados conocidos, debemos mostrar nuestras ligeras discrepancias cuanto menos en el límite superior de la propuesta cronológica de Lorrio y Sánchez de Prado:

Aunque la argumentación general es muy acertada, otorgando a cada uno de los elementos un valor cronológico particular, parece como si se tendiera a una prudencia excesiva en su valoración, retardando de forma algo arbitraria el *terminus post quem* de mediados del siglo IV a.C. (que viene reflejado muy a menudo por las armas, las fíbulas o incluso cerámicas), hasta finales del mismo siglo sin razón aparente. El problema deriva sin duda de la tendencia conservadurista de ciertas producciones, cuya observación en necrópolis tardías como las de Numancia tiende a «arrastrar» las cronologías hacia sí. En el apartado de las fíbulas, basta mirar la tabla 13 para hacerse una idea de lo abundante de los modelos fechados a partir de mediados de dicho siglo. De hecho, una fecha inicial en un momento similar ya fue propuesta por Cabré y Morán (1982: 9, 11-13) hace algunos años partiendo de estos mismos datos y además considerando que habría un cierto sesgo cronológico entre la aparición de estos objetos en territorio ibérico (donde pueden fecharse mejor gracias a las cerámicas de importación) y su produc-

ción en la Meseta Oriental; cuestión que para nosotros no es tan evidente teniendo en cuenta la rápida difusión de este tipo de objetos. En lo referente al armamento, no sólo las espadas de antenas sino sobre todo algunas de La Tène (y en especial las que vienen con vaina enteriza), denotan rasgos tipológicos compatibles con fechas antiguas⁶. En el caso de las de La Tène, los autores prefieren fechar a partir de los modelos evolucionados del noreste peninsular (García, 2006b: 189-215), que habitualmente tienden a conservar ciertos rasgos de arcaísmo en fechas avanzadas, en vez de remitirse a los modelos europeos inspiradores de estas; en general mucho más antiguos. En consecuencia, nos parece que habría que reconsiderar una fecha como mínimo de mediados del siglo IV a.C. para la necrópolis y corregir al alza algunas de las tumbas, como la D, I o K entre otras, teniendo en cuenta que todos sus elementos son compatibles con momentos anteriores a los propuestos.

Las evidencias que sitúan el periodo álgido de la ocupación de Arcóbriga en los siglos III-II a.C. (subfase IIB y III de Lorrio)⁷ son muchísimas, y vienen subrayadas tanto por los conjuntos cerrados como por los materiales descontextualizados. Por otra parte, los materiales que sugieren fechas finales para la necrópolis, que se limitan a unas pocas fíbulas de La Tène III, parecen muy residuales, y se insiste acertadamente en su carácter puntual.

Como es habitual en otros trabajos similares, una vez argumentados los pormenores cronológicos del yacimiento, se estudia la composición de los ajuares (que se proyectarán en una cómoda tabla-resumen de referencia), y la estructuración interna del cementerio, sólo conocida por algunos datos anotados por el Marqués de Cerralbo. Llama la atención en este aspecto la altísima proporción de ajuares militares, que podría haber alcanzado la sexta parte del total de las 300 tumbas excavadas.

El capítulo VI: «La necrópolis y su relación con la ciudad de Arcóbriga» constituye otro gran acierto de la obra, en el que se comparan materiales del poblado de Cerro Villar con los

de la propia necrópolis empleando un sistema de catalogación similar al de anteriores capítulos. La madurez científica del estudio queda manifiesta al ir más allá del puro relato de los ajuares e incluir en este capítulo ciertos comentarios sobre la relación cultural de Arcóbriga con otros territorios, incidiendo especialmente en la fuerte influencia del ámbito arévaco y sus coincidencias materiales con la necrópolis de Numancia.

El capítulo de conclusiones, merece también una atención especial al contar con figuras que resumen la evolución del armamento y otros objetos frecuentes en la necrópolis y dividir su cronología en tres fases distintas caracterizadas por su combinación de materiales. No coincidimos con algunas observaciones, como la de la supuesta correspondencia de las vainas enterizas de La Tène a importaciones, un argumento que actualmente se está convirtiendo (sobre bases discutibles) en consenso científico; empleándose a menudo como falsa premisa.

Por fin, el trabajo no termina sin incluir dos apéndices que serán de gran interés para el especialista: el primero transcribiendo íntegramente el texto inédito que dedicara el Marqués de Cerralbo a la necrópolis de Arcóbriga en sus *PHP*, y el segundo presentando un completo catálogo de las piezas excluidas por pertenecer a otras necrópolis; en el que se hallarán un buen puñado de piezas inéditas.

No podemos dar por concluida esta reseña sin congratularnos por el enorme esfuerzo de «recuperación» de esta necrópolis por parte de los autores y por el de otros similares que está llevando a cabo el equipo de la Universidad de Alicante. Recordemos que otros intentos de revisión de las necrópolis excavadas por el Marqués de Cerralbo (Lorrio, 2005: 26-27) acabaron, allá por los años 70, diluyéndose en varios estudios en su mayoría parciales que en absoluto alcanzan el nivel de la presente publicación. La clave, a nuestro juicio: el método (consulta directa y publicación explícita del catálogo completo), y la documentación inédita con la que se ha trabajado.

No nos cabe duda que esta obra será una referencia obligada para cualquier especialista en el campo de la arqueología celtibérica, y que la veremos ampliamente citada aún después de muchas décadas.

GUSTAVO GARCÍA JIMÉNEZ

⁶ Las evidencias son especialmente claras en las piezas del Museo de Zaragoza (MZ-7 y 11) y otras algo más modernas y largas que habría que vincular con el llamado «módulo grande» del siglo IV a.C., cuyos primeros ejemplares hay que fecharlos en La Tène B1 (Rapin, 2007: 243) y que, por tanto, podríamos ver amortizados en tumbas desde mediados del mismo siglo.

⁷ En último lugar, véase: Lorrio, 2005.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilera Y Gamboa, E., Marqués de Cerralbo (1911) (inéd.): *Páginas de la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas*, vol. IV. S. 1.
- Argente Oliver, J. L. (1994): *Las fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*. Excavaciones Arqueológicas en España, 168. Madrid.
- Barril, M.; Salve, V. (1998): «Reexcavando Aguilar de Anguita a través de los documentos escritos y los materiales depositados en el M.A.N.». *Kalathos*, 17: 47-90.
- Cabré De Morán, M.E.; Morán Cabré, J. A. (1979): «Ensayo cronológico de las fíbulas con esquema de La Tène en la Meseta Hispánica». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 11-12: 10-26.
- Cabré De Morán, M.E.; Morán Cabré, J. A. (1982): «Ensayo cronológico de las fíbulas con esquema de La Tène en la Meseta Hispánica, II». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 15: 4-27.
- Fuentes Mascarell, C. (2004): *La Necrópolis Celtibérica de Viñas de Portuguí (Osma, Soria). La Colección Rus y Morenas de Tejada en el Museo Arqueológico Nacional*. A Coruña.
- García Jiménez, G. (2006): «Las primeras producciones de antenas de la Meseta. Patrones de influencia y desarrollo morfológico de las espadas de tipo Echaury/Quesada II». *Gladius*, 26: 19-60.
- García Jiménez, G. (2006b): *Entre iberos y celtas: las espadas de tipo La Tène del noreste de la Península Ibérica*. Anejos de Gladius, 10. Madrid.
- Kavanagh De Prado, E. (2008): «El puñal biconcavo peninsular. Estudio tipológico, cronológico y geográfico y análisis de su relación con el puñal militar romano». *Gladius*, 28: 5-85.
- Lenerz De Wilde, M. (1991): *Iberia Celtica. Archäologische Zeugnisse Keltischer Kultur auf der Pyrenäenhalbinsel*, II vols. Stuttgart.
- Lorrio, A. J. (2005): *Los celtíberos*, 2ª Edición ampliada y actualizada. Real Academia de la Historia, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 25. Madrid.
- Quesada Sanz, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*. Monographies Instrumentum, II vols. Montagnac.
- Rapin, A. (2007): «L'armement laténien aux IVe et IIIe s. av. J.-C. en Europe», Mennessier-Jouannet, C; Adam, A.M.; Milcent, P.-Y. (eds.): *La gaule dans son contexte européen aux IVe et IIIe siècles avant notre ère. Actes du XVIIe Colloque International de l'AFEAF* (Clermont-Ferrand, 2003). *Monographies d'Archéologie Méditerranéenne*. Lattes: 241-253.
- Sanz Mínguez, C. (2002): «Panoplias prerromanas en el centro y occidente de la Submeseta norte peninsular», Moret, P; Quesada Sanz, F (coords.): *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. De C.)*. Collection de la casa de Velázquez, 78. Madrid: 87-133.
- Schüle, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, II vols. Berlin.

Ricci, Cecilia: *Soldati e veterani nella vita cittadina dell'Italia imperiale*. Roma 2010. Edizioni Quasar. Collana «URBANA SPECIES. Vita di città nell'Italia e nell'Impero romano» n° 1., 145 páginas, ISBN: 978-88-7149-431-8.

Con esta obra de la profesora Cecilia Ricci, la prestigiosa editorial italiana Quasar, que tantos y tan buenos servicios rinde a la historia antigua y a la arqueología, presenta una nueva colección dedicada a la vida de las ciudades en Italia y en el Imperio romano, bajo supervisión de la propia C. Ricci y de Maria Grazia Granino Cerere. Como advierten en la presentación, esta

serie de estudios pretenden someter a discusión, y poner de relieve «la clase media», las clases medias, en el Imperio romano, ésos que habitan «en la zona gris» de la sociedad imperial, y que merecen una atención histórica adecuada a su importancia. De hecho, como es bien sabido, el Alto Imperio romano fue más próspero y estable cuanto más fuertes eran estas «clases

medias» ciudadanas, en Italia y en las provincias, elites que, consciente o inconscientemente, daban una cohesión al imperio que se aprecia en su verdadero valor sólo cuando estas van desapareciendo, como un cáncer progresivo y letal, desde mediados del siglo III hasta finales del IV. A la empresa, tan interesante como necesaria, le auguramos un buen futuro, próximo y lejano.

Acorde con las líneas maestras de la colección, la presente obra aborda el tema de los soldados y veteranos y su integración en la vida ciudadana, al final de sus carreras militares, tomando ejemplos de la epigrafía itálica de los tres primeros siglos del Imperio.

La idea de «clase media», que he utilizado antes entrecomillada, y su existencia o no en el mundo romano, es, en efecto, una cuestión sometida a debate. Como muy bien apunta C. Ricci en el prefacio, al asunto dedicaron interesantes páginas historiadores de prestigio —con sesgo sociológico— como son Paul Veyne, William V. Harris y Gèza Alföldy. De este último conocemos bien su *Historia Social de Roma*, de lectura recomendable, yo diría que obligatoria, para todos los estudiantes universitarios de Historia de Roma antigua. Sobre las ideas de Alföldy respecto a esa «probable» clase media romana, discute Ricci (pp. 11-12). En realidad, las dudas sobre el uso del los conceptos «clase» y «clase media» son más bien teóricos que históricos. A nadie cabe duda que entre la plebe y los grupos u ordines superiores (senatoriales y *equestres*) estaba el gran grupo de los habitantes de las ciudades, libres (otras veces libertos), con gran dinamismo dentro de la *civitas* y dentro del organigrama imperial. Y todos sabemos que un mecanismo de acceder a esas elites dirigentes locales —e incluso al grupo de los caballeros— es el ejército, a través de las *militiae equestres*. Ahora bien, ¿es éste un *topos* histórico o realmente los ex militares forman «habitualmente» parte de las curias locales?

A esta *quaestio* dedica la autora el presente estudio, centrándose en la documentación romana e itálica.

En las primeras páginas la autora insiste en el concepto de «jerarquía gris», o exactamente «griglia gerarchica» al hablar del papel «social» del ejército (pp. 15-19). El ejército, está claro, tiene sus propias jerarquías, su *Rangordnung*, pero éstas son ajenas a la vida social civil y cívica del Imperio. Sólo los altos oficiales del ejército legionario, los viejos zorros del ejército, los *primipilares*, podrían alcanzar prestigio social, en una ciudad, o, ya una vez alcanzado el rango

ecuestre, en la administración imperial. Estos casos eran realmente escasos. Y el mecanismo está viciado por una cuestión de orden biológico: la edad de los *primipilares*, que no eran precisamente jóvenes cuando dejaban el ejército para incorporarse a la carrera pública o política.

Tiene razón Ricci cuando afirma que «el verdadero sueño de todo soldado era alcanzar el grado de centurión (p. 17), un puesto menos selecto que el de *primuspilus*, y que permitía al militar sentirse parte de una elite militar. Estos reputados suboficiales también podían acceder al *secundus ordo*, algo vedado a los llamados principales o suboficiales especialistas liberados del ejercicio de armas, a los que se refiere el famoso paso del *Digesto* 50, 6, 7, debido a Tarrunteno Paterno. Cualquiera que fuese su grado militar, los veteranos licenciados honrosamente —hablamos principalmente de veteranos legionarios— sí podían incorporarse en los gobiernos locales y saborear así las responsabilidades y los honores de un puesto político muy distinto —¡y mucho más corto!— que la larga carrera militar anterior. Ese objetivo era legítimo para muchos soldados *cives*, aunque visto en lejanía. El oficio de soldado (pp. 19-24) es en sí mismo una carrera, una vida propia, cuyo verdadero objetivo era muy simple: salvar el pellejo. Después, en un segundo orden, venía la «profesionalidad», la defensa de los valores imperiales, un retiro honroso y una vida tranquila, como agricultor, o una vida menos tranquila como autoridad municipal.

Difícilmente un soldado joven podía estar pensando en la licencia, si tenemos en cuenta que la vida militar activa de un legionario es de unos 20 años, y que se solían retirar hacia los 45 de edad, al menos así sucedía en los dos primeros siglos del Imperio. Un soldado raso (*gregalis*) pensaba, sobre todo, en su vida inmediata como profesional, ocupándose de su instrucción, de sus armas, de su equipamiento, en definitiva, de su *disciplina militaris*. Si la vida y la suerte de las batallas lo respetan, el soldado podía pensar en ascender, y llegar al más alto grado al final de su carrera, pues al día siguiente de su licencia, comenzaba su nueva vida como veterano, en su nuevo «oficio de veterano» (cf. Ricci, p. 24-27), quizás con algún hueso roto, pero vivo y con la *dignitas* de haber servido al Imperio y al *princeps*, o a varios de ellos. La *immunitas* será uno de sus privilegios. «L'immunità dunque non significa interdizione dall'accesso alle magistrature, quanto piuttosto sottrazione all'obbligo» (p. 27); y esa actuación de los ex militares en la vida

de las ciudades romanas la conocemos bastante bien gracias a la epigrafía cívica.

El capítulo primero trata sobre «el rol de los soldados y de los veteranos en las ciudades provinciales; una mirada de conjunto» (pp. 29-52). El marco general es el desarrollo de la vida de los municipios y de las colonias romanas, la composición de sus elites, y de su movilidad interna. Por otra parte, y complementariamente, la compatibilidad entre servicio militar y vida cívica en el momento de la licencia, y su (posible) definitiva incorporación a la «nobleza cívica». El destino de los veteranos era muy diverso. En Italia hay una tendencia a quedarse trabajando la tierra, asociado al fenómeno colonial, pero esto varía sensiblemente en las provincias. Según la autora, en Britania y Germania —que cuenta con pocos veteranos asentados, si tenemos en cuenta el gran número de legiones que tenían sede en la región—, la tendencia es quedarse en lugares próximos a los campamentos (p. 33). En Galia, la situación cambia, siendo especial el caso de *Lugdunum*, donde se concentra un gran número de veteranos en el siglo II d.C.; en la Narbonense, provincia *inermis*, son escasos también los veteranos documentados por las inscripciones (p. 34). En Hispania, sin embargo, se percibe una mayor integración de los veteranos en la sociedad civil. En África, particularmente en Numidia en los siglos II-III, se percibe una predilección por la actividad agrícola, directa o indirecta, mediante la cual «los veteranos ejercitaban un control de seguridad del territorio» (p. 37), aunque era una defensa preventiva, pues en realidad los puestos que ocupaban los ex militares eran de gobierno de la ciudad, eventuales, como el decurionariado o la edilidad, y, con mayor proyección temporal, y con no menos honor, los sacerdocios, particularmente el flaminado perpetuo. Hay, pues, variedad provincial, aunque dentro de unas líneas generales sometidas a la ley, no escrita, por la que se regía la normal inclusión de los veteranos en la vida civil. Incluso podemos encontrar en África la curiosa institución de las *curiae veteranorum* (p. 39). Sigue el análisis general de las funciones de los veteranos en distintas provincias: Nórico, Macedonia, Retia, Dalmatia, Dacia y las Mesias, no pasando por alto la extraordinaria documentación papiácea relativo a Egipto, verdaderamente excepcional para todos los asuntos militares y su relación con la vida civil (pp. 42-44); concluyendo con una rápida mención a Siria, muy rica en epigrafía militar, latina y griega.

Concluye este capítulo con unas reflexiones sobre los *beneficarii consulares*, siguiendo un trabajo de Nélis-Clément (*Les beneficarii*, Burdeos 2000) sobre estos suboficiales, su «estabilidad» profesional y su predisposición, podríamos llamarla así, a la proyección en la vida civil (pp. 45-48, con fotografía ilustrativa del *bf C. Cornelius Magnus*).

El capítulo segundo («Soldati, veterani e citta in Italia») (pp. 53-103) es la verdadera columna vertebral del libro centrado, como indica el enunciado capitular y el título del libro, en Italia.

En las páginas 55-59 la autora da un mapa documental, en tablas, de la documentación epigráfica militar itálica de hombres que indican su rango (*gregales, immunes y principales, centuriones*, y veteranos) basadas, aunque colocadas en otro orden, en el libro de M. Traverso, *Esercito romano e società itálica in età imperiale. I. I documenti epigrafici*, Roma 2006), a las que sigue un análisis de los testimonios, bien significativos por su número: 65 textos epigráficos, que, sin embargo, la autora considera insuficientes (p. 61, «con tale povertà e relatività documentaria...»). Creo que esta documentación, por comparación de la existente en cualquier otra provincia, es excepcional.

Va analizando por *regiones* los casos más significativos. Pone el acento en la desubicación geográfica entre la *natio* del soldado y el lugar donde reside tras la licencia, que se entiende bien con la frase de una inscripción que dice «*Sassina <me> genuit, nunc Aquileia tenet*». Las siguientes páginas analizan la categoría (o rango) de los soldados, luego veteranos, que tienen proyección vital y profesional en la vida civil (pp. 66-73). Tienen un papel especial los llamados *evocati* y *veterani Augusti*, a los que la autora ha dedicado un extenso estudio reciente (C. Ricci, «*Veteranus Augusti*. Studio sulla nascita e sul significato di una formula», *Aquila legionis* 12, 2009, pp. 7-39).

Luego se pasa al estudio, con más demora, de «la disponibilidad económica y su empleo en dedicaciones sagradas, actos evergéticos y donaciones privadas» (pp. 73-92). Como sabemos, el soldado que se licencia recibía la paga (*stipendium*) del último año de servicio, y una suerte de liquidación (en la que se le reembolsaba parte de sus ahorros profesionales retenidos a cuenta, los *deposita* o *seposita*). El soldado, naturalmente, podía disponer libremente de ellas. La autora da por buena las cifras que la investigación viene admitiendo para la época de Caracalla:

unos 12.000 sestercios para un soldado gregal; 20.000 para un pretoriano; y unos 60.000 para un *primuspilus* (p. 75). Al menos para los *militēs* veteranos, creo que este dinero —inicial en su nuevo proyecto de vida civil— era realmente muy escaso para permitirse grandes liberalidades para su comunidad, y menos aún para elaborar un programa político, depositar la *summa honoraria*, o hacer dispendios por su cuenta a los conciudadanos. Ahora bien, la documentación itálica muestra que, en muchos casos, la generosidad evergética de estos ex militares queda bien demostrada (pp. 81-92). No obstante quiero señalar que estos veteranos no sólo «vivían de las rentas» sino que tomaron iniciativas comerciales que, según parece, desarrollaron con éxito, como se deduce de la riqueza de los monumentos, honoríficos o sepulcrales (cf. las imágenes de p. 89). En muchos casos no se puede calcular la distancia temporal entre la fecha de la licencia militar y la erección del documento epigráfico que recuerda su condición de veterano, de modo que, si esa distancia es grande, de años, la riqueza del veterano puede deberse a muchas causas, si bien, como queda claro, el «punto de partida» es el dinero que recibe inmediatamente tras su licenciamiento. En tal sentido cobra gran sentido las palabras de C. Ricci al comienzo del libro, cuando recordaba que esta «clase media» de las ciudades debían su éxito a la iniciativa personal, a su empeño por sentirse importantes en su comunidad, dando pleno sentido al término *civis*. Y si ese ex militar, además, lograba formar parte de las curias locales, el objetivo podía darse por totalmente cumplido, y hasta diría yo, convertirse en ejemplar: el soldado habría cambiado la espada (instrumento de guerra) por las insignias de los magistrados (instrumentos de civilización y de *pax*). Estos hombres, sin duda alguna, contribuyeron a la grandeza de Roma, ya en Italia, ya en las provincias.

En las consideraciones finales (pp. 99-103) la autora recuerda que no pueden extraerse

teorías definitivas pero que, al menos en Italia, que se ha estudiado con más detenimiento, se percibe muy bien el tránsito de la vida militar a la civil. El joven *civis miles* que se enrola en un cuerpo de guardia pretoriana o en una legión, es reintegrado de nuevo en la *civitas* como veterano activo, pero, como recuerda la autora, esa percepción es asincrónica —no hay continuidad temporal en los documentos— ni equivalente en todas las provincias, ni comparables los datos provinciales respecto a Italia. Quizás hubiera sido interesante hacer mayor hincapié en los *collegia veteranorum*, para tratar de ver si existía de modo general un mecanismo de cohesión profesional o religiosa fuera de los campamentos, aunque presumo que este fenómeno nada tiene que ver con los *collegia militaria* que los *principales* y suboficiales tenían en los campamentos a partir de Septimio Severo. Pero esa es otra cuestión.

En pp. 111-126 se da una bibliografía amplia sobre el tema, que se complementa con las bibliografía temáticas comentadas previas sobre derecho militar, *stipendia et donativa* (pp. 105-107), sobre jerarquía y rangos militares (pp. 107-108), sobre la actividad y el papel militar de los soldados (pp. 108-109), y sobre la vida municipal en Italia (pp. 109-110).

El libro se cierra con las referencias fotográficas de una veintena de ilustraciones incluidas *inter textos*, y unos cuidados índices realizados por Francesca Cerroni.

En fin, este libro, bien documentado y sugerente por muchas ideas que reúne o sugiere, refleja bien el espíritu de esta nueva colección. Nos ha interesado, naturalmente, que se trate el tema militar, con su proyección civil, con medida y, como un signo de identidad de la autora, con un magnífico manejo de la documentación epigráfica militar.

Sabino PEREA YÉBENES
Universidad de Murcia

CINATO, Franck y SURPRENANT, André (2009): «*Le livre de l'art du combat. Liber de arte dimicatoria*», CNRS Éditions, Paris. 453 págs. ISBN: 978-2-271-06757-9.

Este libro es un estudio, en el sentido amplio del término, sobre el códice medieval centroeuropeo conocido habitualmente como *Royal Armouries MS I.33*, o simplemente «I.33», haciendo referencia a las siglas bibliográficas que lo identifican en la biblioteca dónde está deposti-

tado en la actualidad: la de las Armerías Reales Británicas, con sede en Leeds. El manuscrito se conoce bajo muchos nombres entre aquellos familiarizados con él, pero Cinato y Surprenant deciden bautizarlo con el nombre de «*Liber de arte dimicatoria*», o «Libro del Arte del Comba-

te», que da título a la obra que nos ocupa. Se trata pues de un libro sobre un libro, pero al mismo tiempo es bastante más que eso. No sabemos aún que impacto tendrá el trabajo de Cinato y Surprenant sobre los posteriores estudios referidos a este códice pero, a poco riguroso que se quiera ser a la hora de aproximarse a la investigación de dicho manuscrito, sí se puede aventurar que será imposible obviar el hecho de que esta obra constituye, cuanto menos, un excelente punto de partida. En este sentido, tampoco se puede adivinar hasta que punto el nombre acuñado por los autores se convertirá o no en la nueva etiqueta habitual para referirse a este códice anónimo, por lo que, sin querer adelantar acontecimientos y en pro de la brevedad, aquí nos referiremos al manuscrito medieval sujeto de este estudio simplemente como I.33.

El códice en cuestión es un documento iluminado de treinta y dos hojas de pergamino de unos 30×23 cm que contiene 168 (con alguna variación según como se cuenten) ilustraciones en acuarela, alternadas con texto en un latín algo germanizado, datado a finales del s. XIII - principios del s. XIV, y encuadernado en fechas recientes. Describe técnicas y movimientos de combate con espada y broquel (escudo pequeño que se sujeta en el puño), y es considerado el manual de esgrima (*Fechtbuch*, en alemán, un término que encontramos utilizado en abundancia en este campo) conocido más antiguo de la cultura europea.

Es conveniente contextualizar un poco el particular enfoque del análisis del I.33 desarrollado en el libro que nos ocupa, para poder valorar adecuadamente el alcance de este trabajo. Tras su adquisición mediante subasta por parte de las Armerías Reales británicas en 1950, pasó relativamente desapercibido en sus depósitos hasta que un artículo de 1998 en el anuario de las armerías (Singman, 1998) lo rescató, dando a conocer su existencia al amplio público. Su aparición coincidía en el tiempo con el ímpetu inicial de un movimiento multidisciplinar internacional dedicado a la recuperación de los sistemas históricos de combate individual basándose en las fuentes originales, sobre todo en los manuales de esgrima. Este movimiento no era estrictamente nuevo, ya que pueden encontrarse antecedentes de esfuerzos similares en el s. XIX en varios países, incluido el nuestro, estimulados esencialmente por el Romanticismo. Sin embargo, es a partir sobre todo del último lustro del s. XX que podemos ser testigos de una gran efervescencia en este campo a causa de la popu-

larización de Internet que permitió a una amplia comunidad de gente en todo el mundo, que con diversas aproximaciones y distintos objetivos se dedicaba a la reconstrucción de los métodos prácticos de combate, ponerse en contacto entre ellos y compartir rápida y fácilmente tanto fuentes documentales como discusiones y conclusiones. El resultado de todo ello fue una explosión en el campo de este tipo de estudios, dando lugar a una amplia comunidad de individuos dedicados a las diversas ramas de esta actividad, así como, lo que es más importante, a un número nada despreciable de publicaciones. Lo cierto es que los resultados de los esfuerzos en este terreno han sido hasta ahora algo desiguales, tanto desde el punto de vista de la calidad académica de los estudios como en cuanto a la coherencia técnica y la fiabilidad práctica de los sistemas reconstruidos. Sin embargo, el estímulo proporcionado por una extensa comunidad de entusiastas incondicionales y frecuentemente desinteresados, enfocado a través de la metodología académica adecuada y el sentido crítico imprescindible para construir un campo del conocimiento solvente, ha dado lugar a una herramienta teórica sólidamente multidisciplinar que poco a poco se va integrando en el *corpus* instrumental de la historia y la arqueología. Estudios sobre tecnología histórica, análisis funcional, o investigaciones sobre el papel de la violencia en las sociedades antiguas, por poner algunos ejemplos, hacen uso de estas aproximaciones metodológicas, dando lugar a sólidas conclusiones así como a nuevas respuestas para viejas cuestiones (Williams, 2003; Molloy, 2007).

En este contexto, el I.33 representa un documento de especial relevancia, no sólo por ser uno de los pocos en el global del *corpus* de *Fechtbuch* dedicado exclusivamente al trabajo de espada y broquel, sino en razón de ser el más antiguo. Su estudio ha sido abordado en numerosas ocasiones, con amplia variedad de medios, objetivos y resultados. La mayoría de estos análisis se han llevado a cabo con el único fin de extraer del manuscrito e implementar físicamente un método más o menos viable de combate con espada y broquel, con resultados, en este sentido, de nuevo dispares. Casi todas estas reconstrucciones han quedado circunscritas al entorno cercano del investigador, con alguna de ellas dada a conocer mediante Internet, en congresos y seminarios especializados, o, las menos, mediante la producción de DVD's demostrativos. Hasta el momento, de todas las interpretaciones del método de combate del I.33

sólo hay una que haya acabado publicada en papel (Wagner y Hand, 2003). Es en medio de esta nube de esfuerzo colectivo que el libro de Cinato y Surprenant emerge con fuerza con la voluntad, no exactamente explícita pero sí inevitable en razón de la naturaleza de la obra, de convertirse en una referencia incuestionable en los estudios relacionados con este documento, independientemente de los objetivos de la investigación.

El libro se divide en dos grandes partes, con paginación independiente: la primera (pp. VII-XCIV) contiene, dividida en varios capítulos, la descripción, en un sentido muy amplio y completo, de la aproximación al estudio del código llevada a cabo por los autores. La segunda (pp. 1-275) contiene el análisis del contenido propiamente dicho del manual, presentando por separado cada una de las 128 ilustraciones junto con el texto que le acompaña y su traducción. El resto son apéndices, índices y bibliografía. Para empezar hay que decir que, a diferencia de lo que pudiera parecer a primera vista, es la primera parte la que probablemente reviste más interés desde el punto de vista académico. En ella se presenta la problemática asociada a la investigación de un texto de este tipo, así como una explicación argumentada de las soluciones metodológicas y las hipótesis de trabajo elegidas por los autores a la hora de enfrentarse al análisis de este código en concreto. Es este rigor y profundidad en la aproximación al estudio, entre otras cosas, lo que marca la diferencia de este trabajo en referencia a casi cualquiera de los publicados anteriormente sobre este tema, ya sea tratando el I.33 u otros manuales históricos de esgrima. Por otro lado, se postula de manera más o menos explícita, y luego se demuestra a lo largo de la obra, la conveniencia de poseer un cierto conocimiento de la esgrima y las técnicas de combate a nivel práctico como herramienta de trabajo para un análisis adecuado de un texto de estas características y complejidad. Esto es algo que ha sido generalmente infravalorado en el contexto académico, y sobrevalorado en el contexto marcial, en ambos casos no de forma explícita, habitualmente, pero sí, también con frecuencia, de manera implícita a la hora de evaluar la universalidad de los resultados obtenidos. En el libro los autores ponen este tipo de conocimiento, con naturalidad y sin aspavientos (lo cual es de agradecer), en su justo papel de herramienta metodológica a disposición de los objetivos concretos del trabajo que se pretende realizar.

En este sentido, no hay duda de que la obra de Cinato y Surprenant establece un nuevo estándar en el campo del estudio de manuales históricos de esgrima, uno que cualquiera que pretenda abordar el análisis de este tipo de textos podrá o no seguir, pero desde luego no podrá ignorar. Está claro, y eso también se trasluce de esta obra, que uno se puede aproximar a estas fuentes documentales con diversos objetivos, como puedan ser extraer un conocimiento técnico, contextualizar una actividad física en un momento histórico, evaluar el impacto de una determinada obra o estudiar su valor literario, por poner algunos ejemplos, todos ellos absolutamente legítimos. Pero también debe quedar claro que cada uno de estos propósitos exige de una metodología propia bien definida para poder abordarse adecuadamente, con independencia de que luego los resultados sean más o menos satisfactorios, en función de la habilidad del investigador con esas herramientas, las posibilidades reales del material de estudio, y las ambiciones de dichos propósitos. Este libro es coherente en sus planteamientos, en sus objetivos y en su manera de abordarlos, así como riguroso en su metodología. El estudio que plantea es procedente (necesario, se diría, dado el estado de la cuestión) y desarrollado con seriedad y profesionalidad. Las conclusiones bien matizadas y ajustadas a los fines, sin evitar las objeciones y con sus limitaciones bien definidas. Desde el punto de vista formal, es una aportación imprescindible que ya llevaba demasiado tiempo ausente del panorama de los estudios existentes en este campo, muchos de los cuales resultan perfectamente ajustados a sus objetivos declarados, pero con muchos otros estableciendo de forma más o menos implícita un pobre estándar de mínimo común denominador. La aparición de este trabajo es un primer paso, afortunadamente, cabe decir, hacia el desmantelamiento de este *status quo*, no necesariamente de forma explícita, no mucho, al menos, sino simplemente por comparación.

La primera parte del libro arranca con el capítulo «*Un objet à questionner*» en el que se empieza planteando una visión general del estado actual de la investigación sobre tratados históricos de combate en general y del I.33 en particular (el papel de los recreacionistas y de los artistas marciales, la circulación previa del documento y las aproximaciones a su estudio). Comenta la singularidad del texto, no sólo por su antigüedad sino también por su circunstancia y su contenido, planteando temas como por ejem-

plo el uso de las armas por parte de las mujeres y el clero, que se tratan de manera recurrente en este trabajo, ligados a dualidad de la naturaleza clerical/laica del manuscrito, que es una de sus características destacables. Se nos ofrece como un tratado técnico que contiene un sistema con una modelización del espacio y de las acciones precursores del pensamiento renacentista reflejado en tratados de combate posteriores como los de Marozzo (1536) o Agrippa (1553). Es también considerado como el precedente de la escuela alemana de combate de Liechtenauer (Anglo, 2000 para un contexto genérico, y Töbler, 2001 y Lindholm y Svard, 2003 para una aproximación más práctica), y encontramos en él bases formales y conceptuales concurrentes con todo tipo de tratados de esgrima posteriores. Los autores proponen cuestiones sobre la manera histórica de esgrimir, haciendo referencia a los recreadores de la técnica de combate y a la importancia del conocimiento técnico de la esgrima para interpretar el texto, a pesar de toda la necesaria prudencia. Luego se entra a discutir la disponibilidad del original para su estudio hasta el momento y la problemática metodológica asociada en cuanto al análisis y descifrado, y como la aparición de la edición facsimilar de Forgeng (Forgeng, 2003), con una traducción al inglés y una corta pero completa introducción sobre el manuscrito ha permitido el inicio de los estudios en profundidad al hacer accesible los detalles más sutiles del original, imprescindible para aproximarse a un texto de semejante riqueza.

En el segundo capítulo, titulado «*Liber Vetusissimus*», los autores abordan el estudio bibliográfico y codicológico del manuscrito. Se hace un repaso, en retrospectiva desde el momento actual, de las vicisitudes del documento, tanto a través del estudio del mismo como de las referencias que a él se hacen a lo largo del tiempo, culminando en las circunstancias que rodean a su «descubrimiento», es decir, las primeras referencias al manuscrito en el s. XVI. También plantea la discusión y ofrece sus conclusiones sobre la datación del códice y su origen, ya que desde la época de su posible producción hasta las referencias mencionadas doscientos años más tarde no se tienen constancias. Todo esto incluye las discusiones anteriores publicadas sobre este tema (incluida la de Forgeng) y las amplía con profusión argumental y documental.

Bajo el título «*Un codex universitaire*» el tercer capítulo discute el carácter del manuscrito. Se plantean, entre otros, temas cómo las

diferentes «manos» que se adivinan en el texto, el orden de las páginas (originalmente estaban sueltas, el manuscrito fue encuadrado en época reciente) o el papel de las marcas en forma de cruces que aparecen asociadas a algunas ilustraciones. Desgranando los argumentos técnicos disponibles, el códice acaba siendo encuadrado en las fórmulas de los libros universitarios del XIII-XIV. El manuscrito refleja una voluntad de exponer unos principios fundamentales de la esgrima y explicarlos, huyendo así de la interpretación que le atribuye el ser simplemente el reflejo de la experiencia de combate de un profesional determinado, enmarcándose así en la corriente escolástica del momento y afianzándose como ejemplo primitivo en el proceso de aparición del libro técnico en occidente.

El capítulo cuarto se titula «*Une expérience iconographique*», y profundiza en el estudio del aspecto gráfico del códice, que se establece como fundamental. Así, el libro se postula no como un manuscrito iluminado, sino cómo un tratado ilustrado, precursor de los manuales de esgrima que vendrán. En palabras del autor, «la realización de un libro así de innovador demuestra de hecho el compromiso de la racionalidad universitaria con maneras de hacer que desembocaron no sólo en la integración de una disciplina profana al campo del saber eclesiástico, sino en la experimentación de métodos de enunciación plástica capaces de extender el poder de representación».

Se ofrece en este capítulo un estudio sobre diversos aspectos de la iconografía, presentándose dicho estudio como herramienta necesaria para abordar el análisis del original, que está estructurado alrededor de las imágenes, como también alrededor de ellas se centran los esfuerzos de interpretación y reconstrucción de las técnicas de combate. Se postula y se discute la hipótesis de la autoría múltiple de las figuras, posiblemente varios miembros de un mismo taller, así cómo la existencia de un coordinador con una idea clara de lo que se quería transmitir y cómo quería hacerse. Se analizan colores, figuras, expresiones, armas, vestiduras, elementos técnicos, jerarquías, etc. Se introduce la cuestión del copiado de las imágenes y su relación con las técnicas del momento, que en muchos casos usaban libros de modelo.

Por otro lado, con una cierta voluntad de ponderación, también se reflexiona sobre el hecho de que probablemente la duda metódica de la que puede ser objeto una fuente tan excepcional al respecto de la posibilidad de extraer

de ella una técnica corporal, haya sido un poco exagerada, y que de hecho se puede resolver razonablemente con el análisis adecuado y las técnicas correctas. Así, de su propia experiencia investigadora, con el inevitable ensayo y error y las necesarias correcciones progresivas, los autores extraen lo que llaman una «cartograpía de la intención significativa» del manuscrito. En él detectan una experimentación en la práctica gráfica como útil del conocimiento, de la que se deduce también una conciencia en la época del conocimiento de la esgrima como disciplina analizable y cognitiva. Los aspectos visuales del I.33 no se pueden abordar desde un realismo técnico literal, aunque sí existe una intencionalidad de mostrar la realidad en la representación gráfica a través de procedimientos de descomposición de la situación que están en la base de las representaciones plásticas y esgrimísticas del códice, no ajenas a las teorías de la acción que se adivinan en algunas filosofías escolásticas contemporáneas a la obra. Desde luego, existen límites impuestos por las convenciones de representación espacial de la época, pero esto no impide transmitir grandes cantidades de información en forma de un análisis cognitivo del combate y de ayudas visuales al entrenamiento.

Debido al tipo de conocimiento físicamente dinámico que se pretende transmitir, parte del estudio de la representación espacial pasa también por abordar el de la representación temporal, en dónde se reconoce que no siempre hay una relación directa entre representación secuencial y secuencia temporal. En algunos casos sí, pero en otros la secuencia completa se represente como una sola imagen o «secuencia privilegiada». Lo que sí existe es un esfuerzo para intentar ofrecer una representación lógica, que a pesar de tener una concordancia directa entre la imagen y la acción, aborda la plasmación de la realidad desde una perspectiva analítica que va más allá de la sucesión temporal. Tampoco se puede asignar a imágenes iguales la misma interpretación (interpretación convergente de la iconografía) sino que cada ilustración debe ser considerada como un medio propio de transmisión, centrada en un esquema particular de pedagogía.

Los autores acaban este capítulo planteando la cuestión, a modo de reflexión, de hasta qué punto es el desarrollo iconográfico en el seno del naturalismo gótico lo que lleva a plantearse la posibilidad de representar gráficamente una actividad como la esgrima con suficiente precisión como para resultar una ayuda a la enseñanza, o por lo contrario pudiera ser que fuera ese deseo

genérico de alcanzar semejante precisión representativa, con la esgrima como caso paradigmático, la que impulsa el desarrollo del realismo pictórico. Ciertamente arriesgado, pensamos, como hipótesis de trabajo. Pero dadas las características del códice, que en este libro no dejan de presentarse como claramente singulares, no deja de ser una reflexión válida, más en cuanto a que se deja como tema abierto para la discusión.

El quinto y último capítulo de esta primera parte se titula «*Un art du combat*», y en él se trata la interpretación de la obra en clave marcial, con todos los matices necesarios y aceptando la necesidad de las herramientas teóricas necesarias, así como sus limitaciones. Debemos decir aquí que si bien se explicita en varias ocasiones en el libro la colaboración de ambos autores en el desarrollo del mismo, sí es cierto que si tuviéramos que arriesgar una hipótesis diríamos que ha sido André Surprenant, el investigador interesado en historia del conocimiento, el que más ha tenido que ver con los capítulos anteriores, y es Frank Cinato, el medievalista y arqueólogo experimental, con un currículum contrastable en instrucción de técnicas de espada y broquel, el que más peso ha dado a este capítulo y a la interpretación técnica de las ilustraciones y el texto de la segunda parte.

Los autores empiezan reconociendo las dificultades de reconstruir las acciones físicas descritas, tanto debido a las condiciones bibliográficas del escrito como por su propia naturaleza, a lo que hay que añadir las predisposiciones y prejuicios propios del lector, fruto de su modernidad. Descartan en general interpretaciones globales anteriores del códice, como las que tienden a otorgar a las acciones un carácter simbólico, o la hipótesis de que se trate de un manuscrito escrito por un caballero retirado a un monasterio, ofrecida por Güntherrodt, el autor que en 1579 menciona el I.33 por primera vez (Güntherrodt, 1579). También mencionan que la falta hasta el momento de un verdadero análisis crítico del texto y de sus estudios, y la consecuente discusión, aumenta las dificultades. Los autores abordan el problema de acuerdo al aparente pretexto del libro: el de educar, y se actúa regresivamente, es decir, se parte de la obra y se busca su razón de ser y su uso. El análisis del sistema de combate se lleva a cabo sin deslazarlo del método elegido para describirlo (el códice) el cual hay que descubrir cómo debe leerse y cuales son sus códigos internos.

A partir de aquí, se remite a lo estudiado y concluido en los capítulos anteriores, relacionán-

dolo ya con algunos de los elementos problemáticos de la obra en cuanto a su contextualización, con el fin de poder empezar a sacarle información. Así, menciona por ejemplo el papel en la época de los *sacerdos*, *clericus* y *scolaris* que identifican a los diferentes protagonistas de las ilustraciones del códice, las relaciones entre el estamento eclesiástico y caballeresco, el uso de armas por parte de los religiosos, el papel de las escuelas y universidades y cómo todo esto enlaza con las posible intencionalidad de la obra, que finalmente identifica en conclusión cómo un libro para maestros de ayuda y análisis técnico, y que les permita asistir a la enseñanza, de acuerdo con la vocación del libro escolástico en esta época.

Se sugiere que en el manuscrito aparecen en cierta oposición técnicas «generales» y técnicas «de clérigo», definiendo al parecer tradiciones marciales distintas, y oponiendo posiblemente un contexto antagonico, o de intención mortal, a uno agonístico, o «lúdico». El autor, identificado como «Lutgerus/Luitger», podría precisamente ofrecer aquí una aproximación a medio camino o de integración de ambas culturas marciales. Se postula la existencia de un solo maestro de obra para el libro, autor del programa pedagógico, del programa iconográfico y de los comentarios, coordinando probablemente el equipo técnico de plasmación. Los autores comentan también algunos problemas asociados a la atribución del nombre de Luitger para el Lutgerus del texto, el posible autor, que tienen que ver con la antroponimia del nombre y la falta de referencias existentes, mucho menos a asociadas a algún maestro de esgrima de la época, sobre todo de la escuela de París, que es de la que se conserva algún registro. Los sistemas de combate se presentan dentro de una circunstancia social compleja, donde existen realidades sincrónicas y diacrónicas que influyen la obra, la contextualizan y son influenciadas por ella, con lo que emergen temas colaterales relacionados cómo pueden ser la percepción y el uso de la violencia en la época, su relación con los combates judiciales o, como ya se había introducido antes, las posibilidades del uso de las armas por parte de la mujer y los religiosos. En este sentido, en el texto aparecen por primera vez conceptos, como las guardias y algunas acciones, descritos como tales, con resonancias religiosas y sociales que nos conectan no solo con la mentalidad de la época sino con los orígenes posiblemente clericales del texto, reflejados así no necesariamente en la actividad descrita sino en el lenguaje mismo.

Se describe de manera general el sistema de combate deducido, que se basa en las siete guardias presentadas al principio del manuscrito y en una serie de principios lógicos derivados de su aplicación. Es el primer documento en que ambos aparecen conceptuados y detallados con términos que asocian el combate personal con el asedio a una fortaleza, un tipo de vocabulario que se seguirá encontrando en el léxico esgrimístico posterior. La práctica es descrita como «un sistema flexible de anticipación de los golpes del adversario». Es un método esencialmente de defensa, como lo son conceptualmente todos los de esgrima, a un nivel fundamental, que empieza en este caso con la llamada «guardia de medio escudo» y que a lo largo de la obra va ampliando las posibilidades para cubrir adversarios enmarcados en otros sistemas marciales, hasta culminar en la articulación alrededor de la llamada «punta larga del fraile».

De nuevo se hace énfasis en la contextualización del texto y de la técnica que refleja, fruto de su época y de su autor, reconociendo finalmente las limitaciones inevitables que nos recuerdan que ni la arqueología experimental, ni la lexicografía, ni la arqueología cognitiva nos pueden permitir totalmente acceder al pensamiento y el lenguaje de otra época. Se aplica la hipótesis sociogénica en el sentido de que la diferenciación de los sistemas técnicos está relacionada con la evolución de los parámetros sociales. Todos los términos, históricos, léxicos y técnicos, vienen definidos en psicogénesis por el autor y en sociogénesis por el contexto histórico y social, con lo que al final se introduce un principio de relatividad que no puede otra cosa que aceptarse. Las ramificaciones diacrónicas del sistema de combate del códice se plantean a través del estudio del *corpus* de manuales posterior, donde se reconocen variaciones técnicas y lingüísticas atribuibles a influencias locales.

También se aborda el tema de la pedagogía inherente en el manual, su coherencia con la escolástica medieval, con su uso de la prueba mediante la razón, y la notable alternancia de presentación de principios y de ejercicios, que ofrece un método dinámico de educación que enseña a identificar las omisiones críticas del contrario y a sacar ventaja de ellas. Se especula sobre la posibilidad de que la didáctica de la imagen se usara para enseñar a alumnos de esgrima, pero, cómo ya se ha mencionado, los autores se decantan por la hipótesis de que el libro estuviera orientado a maestros, como herramienta de análisis y como ayuda a la memo-

ria. En este último sentido se trata también el tema de las reglas mnemotécnicas en latín presentes en el texto, de inspiración clásica y necesariamente reminiscentes de los *Merkversen* de Liechtenauer (lo cual tiene su propio interés a la hora de relacionar el códice con tradiciones de esgrima posteriores).

Al final, los autores reconocen que el trabajo de interpretación técnica del sistema de combate queda principalmente en manos del lector que quiera abordar esa tarea, y que en este libro lo que se ofrece, además de su contribución particular en ese sentido, son una serie de herramientas técnicas para enfrentarse a ello, tanto para el que carezca de conocimiento especializados en interpretación de textos como al que esté limitado en cuanto a nociones de la esgrima, puesto que se entiende que la aproximación al estudio del sistema de combate no se puede llevar a cabo independientemente del estudio contextual en un sentido amplio.

Se acaba haciendo un resumen de las potencialidades y dificultades del texto, así como de las hipótesis que se han trabajado y argumentado, considerando finalmente que pueden darse por satisfechos si la problemática de la interpretación de la obra queda bien establecida.

Con el quinto capítulo se acaba la primera parte, y empieza la segunda, donde se presentan cada una de las ilustraciones del original, junto con el texto que la acompaña y su traducción. Unido a ello se ofrece en cada caso una pequeña discusión donde se interpreta la técnica descrita y se sitúa dentro del contexto global del sistema de combate. Esta segunda parte tiene una introducción antes de pasar a las ilustraciones propiamente dichas, donde se explica de manera más concreta la metodología del estudio de las ilustraciones y el texto. De la traducción de este último se destaca su dificultad debido entre otras cosas a la originalidad del léxico al respecto de la tradición alemana posterior y a los usos modernos. Los autores expresan su voluntad de intentar ceñirse al original en lo posible sin dejar de intentar favorecer la experiencia de lectura.

Del análisis de las imágenes dicen que la situación de la acción ilustrada y su relación con el comentario acompañante es menos directo de lo que parece. Parte del análisis pasa por el establecimiento de cuáles son las series estilísticas a las que pertenece cada imagen, lo cual se ve dificultado por el hecho de que el orden actual de las páginas del códice, encuadernado, recordemos, en fechas relativamente recientes, es fruto de un criterio desconocido. Así, se articula un

sistema de relaciones, que viene descrito en los apéndices, al que se asignan las imágenes, las cuales se agrupan en temas a los que se adjudica un título. Por lo demás se mantienen en remarcas suscitadas que resumen lo que les sugiere el análisis esgrimístico, iconográfico y doctrinal, incluyendo, si es posible, las observaciones relativas a la filiación de las imágenes y a los datos plásticos útiles para la interpretación.

El libro se cierra con los apéndices que incluyen algunos textos originales citados o traducidos en el texto, un amplio apartado de léxico y, sobre todo, los resúmenes, cuadros y modelos de las diferentes asignaciones y relaciones que se establecen a lo largo del análisis realizado.

A modo de reflexión final, puede decirse que, aparte de la considerable tarea de contextualización histórica y bibliográfica del manuscrito, el libro parece ser en general una crónica de las dificultades metodológicas a las que uno debe enfrentarse a la hora de intentar sacar una coherencia técnica de un manual histórico de esgrima en general, dando lugar a un discurso en este sentido que permea toda la obra por encima del estudio de este ejemplar en particular. De hecho, en la primera parte se intenta analizar el códice de manera que sea posible, como dicen los autores, no transportar en lo posible los prejuicios modernos a la aproximación interpretativa del texto. Bueno, más bien al proceso de extracción del conocimiento, en primer lugar, tras lo cual se produce el trabajo interpretativo sobre este conocimiento, que en cierto modo se puede considerar independiente de la fuente pero no del método mediante el cual se ha obtenido. Así, partiendo de la intención pedagógica del autor del códice, ésta se procura conjugar con los esfuerzos del investigador actual de extraer el mensaje que se ofrece, en un intento de ayudar a que estos dos propósitos se encuentren. El libro profundiza en el conocimiento del texto y proporciona herramientas intelectuales (en forma de hipótesis argumentadas) para su desciframiento, condición necesaria para abordar la extracción de la información esgrimística, pero, hay que decir, no necesariamente suficiente para obtener como resultado del análisis un sistema físico de combate consistente y eficiente. En efecto, del texto, dado el conocimiento necesario, se pueden extraer conceptos esgrimísticos (posiciones, actitudes, tiempos, etc., ...) válidos, pero su aplicación práctica está más allá de cualquier conocimiento gestual que se pueda obtener de un libro. Es discutible la viabilidad (o incluso la utilidad) de la reconstrucción de un sistema de

combate partiendo exclusivamente de una obra de estas características y sin un conocimiento previo profundo, aunque no necesariamente específico, de la acción física, pero hay que reconocer también el indudable mérito y la utilidad de un estudio histórico e iconográfico, como el que se lleva a cabo en esta obra, como instrumento para perseguir este objetivo. Así, además de establecerse como ejemplo paradigmático de la tradición más académica de la aproximación al estudio de los manuales de combate (en este sentido, ver Anglo, 2000), esta obra se esfuerza por hacer el manual inteligible y abordable para su estudio técnico, con un criterio razonado, poniendo de manifiesto explícitamente las limitaciones de su trabajo y anticipando las de aquel que intente reconstruir el método. Cinato y Surprenant parecen intentar huir del propósito, frecuente en las interpretaciones de otros manuales, de hacer encajar el análisis de las imágenes en un sistema de combate preconcebido, y en vez de eso ofrecer herramientas individualizadas, para que cada uno pueda iniciar un análisis detallado. Obviamente existe una interpretación global del sistema característica de los autores, es una consecuencia inevitable de la adquisición del conocimiento esgrimístico necesario para abordar el análisis del texto, pero la conciencia (y explicitación, en este caso) de las limitaciones de los propios instrumentos intelectuales es un paso necesario para iniciar el estudio, y los intentos de mantener ese análisis lo más objetivo posible, sin proselitismos, le da valor a este trabajo. La interpretación coloreará inevitablemente la investigación, pero eso es inextricable de la posibilidad de haber abordado la tarea, y es cometido del lector reconocerla, y someterla a crítica en su propio trabajo.

Para finalizar, y para evitar malentendidos, hay que decir que debe tenerse claro que no es imprescindible un manual histórico para poder desarrollar un sistema de combate (de espada y broquel, en este caso) consistente, coherente y eficaz. Para este fin, un conocimiento profundo de la biomecánica y de los elementos fundamentales de los mecanismos de los sistemas de combate adquiere una importancia primordial. Otra cosa es que se pretenda reconstruir el sistema del I.33, que entonces sí que, de manera inevitable, se hacen imprescindibles todas las herramientas intelectuales proporcionadas por este libro, y más.

Marc GENER

Instituto de Historia - Centro de Ciencias Humanas y Sociales (IH-CCHS, CSIC)

BIBLIOGRAFÍA

- Agrippa, Camillo (1553): «*Trattato di Scienza d'Arme, con un Dialogo di Filosofia*», Roma, por Antonio Blado.
- Anglo, Sydney (2000): «*The Martial Arts of Renaissance Europe*», Yale University Press, New Haven and London. ISBN: 978-0300083521.
- Forgeng, Jeffrey L. (2003): «*The Medieval Art of Swordsmanship, A Facsimile & Translation of the World's Oldest Personal Combat Treatise*», Chivalry Bookshelf (jointly with the Royal Armouries at Leeds). ISBN: 1-891448-38-2.
- Gunterrodt/Günderrode, Heinrich von / Henricha (1579), «*De veris principiis artis dmicatoriae, tractatus brevis: ad illustrissimum principem Ioannem, ducem Megapolensem*», Witebergae Welack.
- Lindholm, David, Svard, Peter (2003): «*Sigmund Ringecks' Knightly Art Of The Longsword*», Colorado, Paladin Press.
- Marozzo, Achille (1536): «*Opera Nova de Achille Marozzo Bolognese, Mastro Generale de l'Arte de l'Armi*», Módena.
- Molloy, Barry (2007): «*The cutting edge: studies in ancient and medieval combat*», Tempus Publishing, ISBN: 978-0-7524-4169-6.
- Singman, Jeffrey L. (1998): «*The medieval swordsman: a 13th century German fencing manuscript*», Royal Armouries Yearbook 2, 1997: 129-136.
- Tobler, Christian Henry (2001): «*Secrets of German Medieval Swordsmanship: Ringeck's Commentaries on Johannes Liechtenauer's Verse*», Chivalry Bookshelf.
- Wagner, Paul, Hand, Stephen (2003): «*Medieval Sword And Shield: The Combat System of Royal Armouries MS I.33*», Chivalry Bookshelf. ISBN: 9781891448430.
- Williams, Alan (2003): «*The Knight and the Blast Furnace: A History of the Metallurgy of Armour in the Middle Ages and the Early Modern Period*», Leiden and Boston: Brill Academic Publishers. ISBN: 90-041-2498-5.